

L'AMOUR 02 ET LA HAINE



Gustavo Caicedo Hinojos

En la pena he de
encontrar mi destino

En la gloria he de hallar
tu camino

Nunca he estado tan lejos
de tu delirio

Siempre he estado atado
a tu capricho

Qué decida pues por mí
tu emocionante cariño.

Poderosa diosa del destino y la incertidumbre, fuerza de brutal empuñadura que ha de venir a juzgar a fieles e infieles, bestia de salvaje agasajo que burla fronteras y gobiernos, vigilante en perpetuo asedio que sentencia a débiles y a poderosos. De sus caprichos y sus burlas penden las almas de los desdichados de todo el globo, y una sola rabieta bastará para que se corte el aliento de sus gentes. ¿Para dónde voy? El mundo observa en vilo, ¿entró a gol? Un pueblo completo contiene su respiración, ¿doy en el palo? He traído la tragedia a medio país.

Ningún objeto en la historia de la humanidad ha tenido tanta adoración y reverencia como el balón de fútbol. Quienes han sido elegidos por la Providencia para dominarlo, lo serán también para llevar las banderas y las consignas de su pueblo. Los creacionistas sostienen que el fútbol nació justo cuando Adán pateó el fruto prohibido —tiro a puerta de gol y expulsión del paraíso, sin camiseta — mientras los evolucionistas por su parte aseguran que el eslabón perdido se encuentra justo allí, entre el mono que camina y el mono que gambre-

tea. Se puede cuestionar a Darwin o a Juan el Bautista, pero, eso sí, gol es gol, finta es finta.

La cuestión filosófica y el dilema existencial estriban en el control de la pecosa —la paro en el pecho, luego existo—. Indómita diva de cabaret, la redonda elige sin ninguna secuencia predecible a víctimas y a verdugos. De convertir un gol en una final de Copa Libertadores dependerá la alegría del anotador el resto de sus días; de errarlo dependerá la tranquilidad de sus futuras generaciones —¿no leyeron la letra menuda?, la gloria se disfruta, pero la pena se hereda—. Ni mencionemos ya las alabanzas y guillotinas que ocurren después de la final de una Copa del Mundo.

Bola que rueda entre la épica y la tragedia, hará sobrar fama y oro en la victoria, pero —y es que la pelota es bondadosa y cruel a la vez— quitará tranquilidad y regocijo en la derrota. La redonda se da este, y otros placeres mundanos, pues en torno a su belleza gira, no solo el deporte más popular del mundo, sino también, y por consecuencia, los torneos, campeonatos, clubes, selecciones nacionales, organismos federativos, patrocinadores, directivos, entrenadores y deportistas, así como el delirio de hinchas en las dos centenas de naciones que pueblan la tierra.

Suerte la que han tenido los griegos al no haber señalado a la redonda para sus epopeyas. Pequeñas habrían quedado las peripecias de Ulises y la cólera de Aquiles. Mala la hora en la

que los romanos escogieron la uva y el olivo, y no el balompié, como los límites naturales de su imperio. Inútiles habrían parecido unas Cruzadas ordenadas por Papas de quienes no conocemos su filiación futbolística —el de hoy al menos hincha por San Lorenzo; algo ha cambiado—.

Imaginad el tiempo en barco que se hubiese ahorrado Colón, si en vez de una cruz y tres pestes, hubiese traído una pelota. Los habríamos conquistado nosotros a ellos, y no a la inversa como finalmente sucedió, aunque esa potencia fue erguida bajo el mágico poder de Pelé y Maradona poco tiempo después. Ni hablemos ya de la montura de Napoleón, quien con un partido en la estepa, se habría asegurado media República y un Waterloo sin mediar una gota de sangre o de traición.

Asistimos pues al advenimiento de una nueva ley natural, potente máxima que desafía las revelaciones de la astrofísica y la mecánica cuántica. Poco servirán la llegada a la Luna y el descubrimiento de nuevos sistemas solares, si todavía se nos escapa la comprensión de esta increíble esfera de aire. Cuán ínfima ha quedado la labor de la NASA, si en su búsqueda de vida en el espacio no ha sido capaz de percibir la ascendencia extraterrestre de un Lionel Messi, o un Cristiano Ronaldo.

Compuesta en una noche de libertad y rebeldía, la pelota también ha permitido al vasallo vencer al amo, al negro vencer al blanco, al pardo vencer al casto. Canción de redención en-

tonada en los puertos ferroviarios y en los tugurios del sur, el balón ha servido para que los humildes demuestren su valía ante los acomodados del norte. Desdichada y perenne, la redonda escoge sin ciencia, y cual tango, a su amante de turno. Amancillará nigromancia encontrándose con la mano de Diego, el nuevo David (1986), o esquivará alguna estirada de Oliver, el nuevo Goliat (2002).

La pelota se nos presenta como un todo, como fuego y ceniza, como memoria y culto. Es el penal que no entra, el fatídico autogol en el último minuto, el gol de camerino, el remate de medio campo; es la vida que transcurre entre las lágrimas de lo que fue, y las sonrisas de lo que pudo haber sido. Es el balón que entra, el que no entra, la nostalgia de la copa que se escapó en el alargue y la euforia del clásico que empatamos sobre la hora. Es, sobre todo, la circunferencia que nos somete a sus excentricidades y estragos, que nos mantiene creyentes en tiempos de incredulidad, y delirantes en tiempos de parsimonia.

A ella, y al trillón de almas contenidas a su antojo entre el amor y el odio, he decidido dedicarles estas líneas. ●



L'AMMO

HAI NE